

El movimiento social en el siglo XIX.

("La Nación", Buenos Aires (República Argentina),
1 enero 1901).

MIGUEL DE UNAMUNO

EL MOVIMIENTO SOCIAL EN EL SIGLO XIX

Señor director de LA NACIÓN:

Con muchos epítetos adjetivarán al siglo que acaba de entrar en la historia, pero será, sin duda, uno de los más propios, el de siglo del movimiento social. Y no es que haya para cada siglo una labor privativa, pues en todos ellos trabaja la humanidad por los caminos mismos, sino que una forma de su empeño es la que en cada uno se muestra relevante. Sin romperse la ley de continuidad toman una u otra dirección dominante, según los tiempos, las ondas del progreso.

Suelo decirse que la Revolución francesa cerró el ciclo de las reivindicaciones políticas para abrir el de las sociales, mas aparte de que no quepa trazar divisoria entre unas y otras, no fué, sin duda, lo más hondo de aquel épico drama la proclamación de los derechos del hombre, sino mas bien, como Faine nos lo ha mostrado, un trasiego de la propiedad. Fué la última gran liquidación del feudalismo, categoría ante todo y sobre todo económica y por económica, política.

A la par otra revolución más silenciosa, pero más radical acaso, la Revolución industrial inglesa, cumplíase en pleno periodo de lo que se ha llamado candidamente «sistema de la libertad natural» caracterizado, 1º por la más completa separación entre los bancos y el comercio general y la mayor extensión en las operaciones de aquéllos, especialmente mediante el sistema del crédito público, y 2º por el gran desenvolvimiento del uso de la maquinaria en la producción». (Véase mi traducción de la *Historia de la economía política*, de Kells Ingram). El descubrimiento del vapor, el del telar mecánico y el de varios otros artefactos, descubrimientos cumplidos a fines del siglo XVIII, de 1770 a 1796, pero madurados a principios del XIX, llevaron la industria a su cuarto periodo, el de fábrica, dejando el doméstico a que por el familiar y el de *gilda* ó gremios había llegado. En plena edad de liberalismo manchesteriano, de *laissez faire, laissez passer* empezó a cuajar la grande industria, el *factory system*, con su secuela el *sweating system*, el sistema de hacer sudar hasta el agotamiento al obrero, de hacerle sudar sangre. Algo más tarde, en el segundo tercio del siglo, formuló Lassalle su famosa ley férrea del salario, estableciendo como dato de hecho, que tiene de aquél al mínimo necesario a la subsistencia del trabajador.

Era la tal formulación reflejo en el campo de la teoría, del estado de cosas que acabamos de bosquejar.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

Como consecuencia de él brotaron las doctrinas comunistas, preludivas por Babeuf en plena Revolución francesa. Fue la hora de los utopistas, de Saint-Simon, de Fourier de Cabot, Pedro Leroux, ideo la palabra *socialismo*, popularizada luego por Luis Reybaud. Frente al principio de libertad, derrotado en la práctica por no ser libertad perfecta, la proclamada por los manchesterianos, erigiase el principio genuinamente francés, el de igualdad, llevado a sus últimas consecuencias. Y junto a los utopistas los organizadores como Luis Blanc, y los críticos como Proudhon, el escéptico del socialismo, con su dialéctica de las contradicciones, derivada de Hegel, afirmando la anomalía de la constitución presente y pasada de la sociedad.

Resolvióse toda esta efervescencia en la revolución del 48, al son del canto de los tejedores de Silesia, de Heine, mientras tronaba en la poesía Victor Hugo, el de *Los Miserables*, en el hervor del romanticismo, y Dickens, uno de los precursores del socialismo inglés, según Thompson, inspiraba en Inglaterra piedad y amor al desgraciado y al indigente. Aun hoy en día hay muchos para quienes la última palabra del socialismo son las novelas de Eugenio Sue.

Fue el socialismo romántico, generoso y soñador, preñado de ideal y de utopías.

Permanecía en tanto intacta la verdadera base del sistema todo de la economía capitalista burguesa, la apropiación privada del suelo. Mientras esté el suelo acotado, tiénese sujeto al hombre; púedesele soitar las manos, porque tiene los pies atados. Proclámase la libertad del contrato del trabajo, mas no habiendo tierra libre, a dónde quiera que el hombre vaya se encontrará, de un modo o de otro, siervo del dueño del suelo que pise. Y así ha sucedido que si mientras había tierra libre era menester esclavizar al hombre, así que aquélla resulta prácticamente nula, pueden romperse las cadenas del esclavo. Tal aconteció con el movimiento abolicionista, económico mas que humanitario, que provocó la guerra de secesion de los Estados Unidos (1861-1865), tan rica en consecuencias para el movimiento social moderno. Movieronse guerra, como Carlyle decía, por si había de alquilarse al obrero por día ó de por vida. Cuando resulta más económico y más cómodo alquilarle por día ó semana, arrojasele de la esclavitud al proletariado, no pocas veces peor éste que aquélla. Había que impedir, además, que los amos de esclavos hicieran una competencia arruinadora a los alquiladores de jornaleros.

Empezaban, en tanto, las vagas tendencias del movimiento obrero a reflejarse en doctrinas y a concretarse en aspiraciones. Culminaron unas y otras en Carlos Marx (1818-1883) precedido por Robertus, Mario y sobre todo, el famoso agitador Lassalle (1825-1864). Nacieron las concepciones de Marx de la aplicación del sentido histórico alemán, cuya más elevada fórmula se halla en la filosofía hegeliana, a la economía mercantil inglesa, formulada con mayor hondura por Ricardo. La germanica dialéctica de las antítesis fecundo



el seco esquematismo de la economía manchesteriana.

Importa aquí para deshacer un frecuentísimo error de perspectiva, señalar la relación que media entre la doctrina y los hechos a que responde. Porque si a nadie se le ocurre pensar que fuese Galileo quien echó a rodar la tierra, ni Copérnico quien dio las leyes de sus revoluciones a los planetas, muchos son, empero, los que en cuestiones sociales discurren como si el formulador de un movimiento fuese quien lo engendrara o encauzara siquiera. Es, sobre todo, el pensamiento el que surge de la acción, del instinto la inteligencia, aunque retorne a vivificarla. Marx no hizo más que un intento de formulación de las leyes de un proceso económico. — en *El Capital*; — fué su principal objeto hacer una obra de crítica especulativa aunque refulgiera luego ésta a dar a los corifeos del movimiento obrero clara conciencia de su propia obra. En el orden especulativo formuló lo que se llama «concepción materialista de la historia». Mas su obra *capital* fué acaso el manifiesto que en septiembre de 1864 dio en unión de Engels; el famoso manifiesto del: «Trabajadores de todos los países! uníos» que inauguró la Internacional, de breve vida pero de dilatadas y fecundas consecuencias.

Prendió la Internacional de trabajadores como reguero de pólvora; fué el manifiesto como piedrecilla que al echarse en noche fría a un tranquilo estanque, lo cuaja de pronto en hielo. Fué la Internacional un sueño, un sueño de futura libertad, de edad de oro, de paraíso terrenal en el porvenir proyectado. Estuvo de moda, además, el hacerse internacionalista, entre obreros. Y dibujáronse al punto en el seno de la Internacional dos tendencias, la doctrinaria representada por Marx, y la revolucionaria a todo trance capitaneada por Bakunine; lo que se llamó socialismo y lo que se llamó anarquismo, cuya delimitación mutua es más difícil de trazar de lo que a primera vista parece.

Y así como el viejo movimiento comunista romántico fracasó, de hecho, en las jornadas de julio, así en la *Comuna*, en 1870, quedó la Internacional muerta después de cumplida su obra, la de fraguar en el espíritu de los obreros el sentimiento de la solidaridad universal.

Vencida la *Comuna* al fin de la guerra franco-prusiana, incubose en la vencedora Alemania el nuevo socialismo, el del partido social-democrático, resurgiendo disciplinado como partido de comicios tras larga lucha con las torpes medidas restrictivas de Bismarck, que ni midió su fuerza ni logró gran cosa con el paliativo del semi-socialismo de estado. Peleaba el socialismo alemán lento y pacientemente, bajo Bebel y Liebknecht, mientras iba reorganizándose en todas partes. Era en plena edad de positivismo científico y de naturalismo artístico. Y mientras tanto iban las *trades unions* inglesas, logrando poco a poco nuevas ventajas cada día, y enriqueciéndose merced a ellas sobre todo, la legislación del trabajo en Inglaterra.



Y aquí conviene, por vía de digresión, hacer constar como el movimiento social, como otros movimientos públicos, ha seguido en Inglaterra, por lo común, caminos propios, separándose del continental. Siempre la historia de esa isla nos presenta algo de privativo. Mas aunque allí el movimiento societario ha seguido líneas propias, con cierto desvío á toda acción internacional, no han dejado de influir las corrientes continentales. En 1879 se organizó en Irlanda la liga agraria, movimiento nacional y de protesta contra Inglaterra, movimiento que trató Davitt en vano de convertir al georgismo, á las doctrinas del famoso libro *Progreso y Pobreza*, del norteamericano Enrique George, propugnador de la nacionalización del suelo mediante el impuesto único, *single tax*, percibido exclusivamente de los propietarios del suelo é igual á la renta, doctrinas iniciadas antes por el naturalista inglés Alfredo Russell Wallace. La liga agraria irlandesa acabo por confundirse con los fentanos. En 1881 creóse en Londres la *Federación democrática*, por discípulos de Marx, con Hyndman á la cabeza y el poeta Morris. De ella se separó en 1885 la *Liga socialista* á que el poeta Morris daba tono.

Trabajaba, á la vez, la *Sociedad fabiana*, llamada así del antiguo general romano *Fabius Cunctator*, Fabio «el lento», el adversario paciente y calmoso de Anibal.

El sobrenombre de semejante sociedad explica su ánimo y el del espíritu inglés; vivificala el sentido posibilista del circunspecto Stuart Mill, espíritu de prudencia y parsimonia. Y junto á ella el grupo de *The Clarion* con Roberto Blatchford á la cabeza, grupo que dejando trabajar en sus fines y por sus medios á los demás grupos, los ayuda con todas sus fuerzas, teniendo por principio el de hacer por de pronto altruistas, para convertirlos en socialistas luego. Distinguese el movimiento inglés, en general, por su sentido práctico, su lenta circunspección, su repugnancia á los doctrinarios ortodoxos, su amplitud de criterio y á la vez por cierta recelosa actitud frente al movimiento continental y el espíritu de soberbio nacionalismo.

Volvamos al hilo. Entraron, en el último tercio del siglo, las relaciones entre el capital y el trabajo, en ciertos países adelantados, en lo que se ha llamado la «economía de los salarios altos». Porque, en efecto, al organizarse y resistir la clase obrera, encarece los brazos, provoca el alza del salario y obliga al empresario á que para resarcirse de ella introduzca más maquinaria y más perfecta, con lo que intensifica la producción y al intensificarla logra dar salarios más altos sin que sus beneficios mermen. A brazo caro, máquina barata. Nadie introduce una máquina ó mejora técnica en su empresa mientras no le ahorre en jornales tanto por lo menos como el interés normal del capital en la máquina empleado represente. Así que el jornal sube, la máquina baja. Cada huelga victoriosa, y á las veces aun las que no lo sean, va seguida, por lo común, de un adelanto técnico. Es el obrero quien aguja hoy el ingenio del patrón haciendo adelantar la industria. Las huelgas son acaso el mejor



15



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

1.5-2/315

método de regular por oferta y demanda los salarios (V. Loria, *La costituzione economica odierna*). Influyen, además, poderosamente en la opinión y en los gobiernos.

Nadie ignora las consecuencias de la grande y famosa huelga de los cargadores de los docks de Londres en 1889, huelga que puso en conmoción a Inglaterra toda y que produjo entre otros resultados, el de que se asociaran los obreros sin oficio determinado, los meros braceros ó peones, los *unskilled*, que formaban como una clase inferior aun á la de los artesanos de oficio, algo así como un quinto estado.

Como toda clase de guerra, llega á ser la huelga en un momento dado del proceso social un mal necesario. A la par, el proletariado intelectual, la antigua guardia pretoriana de la aristocracia, comprendiendo de qué parte están sus intereses, empieza á horrarse el mutuo recelo entre obreros manuales é intelectuales. Es que el capitalismo no puede ya ser espléndido con su guardia pretoriana, más exigente de día en día. Los abogados, los ingenieros, los médicos van entrando en las mismas condiciones económicas que cualquier otro obrero; tiénelos á sueldo las grandes industrias. Sigue tanto como el otro el proletariado de levita.

De los golpes que tal régimen le inflige, de las crisis periódicas, sean debidas á sobreproducción, sobreconsumo, desequilibrio entre la producción y el consumo, ó á sobreahorro (Hobson) ¿cómo se defiende el moderno capitalismo? Sirviéndose de las grandes nacionalidades y aun de las étnicas, agresivas ó medrosas; de las grandes naciones, vastos *trusts* ó sindicatos á busca de mercados en que imponer á cañonazos sus productos, sirviéndose del proteccionismo, hermano de la paz armada. Para sostener el *made in germany* abrumba el capitalismo alemán con un enorme ejército al pueblo; buscan las naciones colonias; echa Rhodes á Inglaterra sobre el Transvaal; canta Kipling y predica Chamberlain el imperialismo provocador y agresivo, lanza McKinley á los Estados Unidos en la aventura de Filipinas; sostiénense guerras de tarifas. Las naciones pobres son hipotecas de los tenedores de la deuda; sus acreedores sostienen á Turquía, baldon de Europa, que permanece impasible ante las matanzas de armenios mientras se revuelve, en busca de botín, contra los boxeadores chinos. Lo hondo de todo ello estriba en distraer improductivamente capital para que no se vierta producción reproductiva y con la demanda de brazos, mas creciente que el aumento de éstos, suba el salario tanto que el dividiendo mengue y hasta corra el interés peligro. Y hé aquí cómo el patriotismo agresivo y el militarismo resultan en frente del socialismo, que es hoy antimperialista y antimilitarista por esencia. Los «sin patria» ha llamado á los socialistas Guillermo II.

Y cómo aparece el movimiento social hoy, en medio de tal tumultuoso conflicto de intereses? El viejo socialismo ortodoxo, más ó menos marxista, acartonándose y osificándose, como las ortodoxias todas, sin que apenas logre prolongar su vida tal cual heraja vivificadora. Mas venta, por fortuna, ya





de antiguo diferenciándose el socialismo, como todo lo que se enriquece, de hay demócrata, revolucionario, posibilista, cristiano, católico, de cátedra, de estado... de cien matices; encuéntrase en cierta aspiración común Marx, Kingsley, Ruskin, Tolstoy, George, Maurice, Stocker, monseñor Ketteler, Wagner... otros varios. Y eso común, indeterminado y vago, es lo que persiste.

Poco a poco van entendiéndose las distintas tendencias, van casándose el elemento intelectual y el sentimental. El dogma mismo de los socialistas que se tienen por ortodoxos, de los que con mayor facilidad fulminan anatemas, la socialización de los medios productivos, admite no pocas interpretaciones. Reprodúcense en la historia del socialismo los incidentes todos de la historia de cualquier iglesia, la cristiana en especial. Y parece que salimos de la edad apostólica del socialismo, para entrar en su edad que llamaríamos católica. A la par se hace más elástico y más comprensivo el término socialismo, caben más diversas tendencias en él. Oyese a casi todos decir: «también yo tengo algo de socialismo» ó «también yo soy socialista a mi manera».

Dehra el anarquismo de acción, dinámico, recogiendo a los eternos descontentos que apenas saben más que protestar, a los eternos soñadores, corazones sensibles que hoy lloran y mañana matan; a los sedientos de celebridad escénica; y marcha, en tanto, el movimiento societario, sin programa definido ni más objetivo que la unión para conseguir mejoras de momento, cada vez mayores, mientras los cerebros dramáticos sueñan en la huelga universal. De la unión sale no ya la fuerza, sino hasta la idea. Asocianse los obreros para inmediatas reivindicaciones, sin concepción total y unitaria de lo que la sociedad haya de ser, y de la acción, casi inconsciente, de los asociados, surge el pensamiento. Y así se educan mutuamente, sin esperarlo de las llamadas clases directoras, porque solo la educación que uno mismo se da es la fecunda en frutos duraderos.

Obsérvase, a la vez, que va tomando el socialismo, en no pocos, cierto tinte de religión apocalíptica, en el anarquismo evidente. «No os pedimos detalles sobre la vida futura de que sin cesar nos habláis; ¿por qué, pues, nos pedís vosotros sobre la sociedad futura?» decía Babel en el parlamento alemán el 3 de febrero de 1893. Lo mismo viene a decir Krápotkine. ¿Qué es esto más que una concepción mística, en el recto

10

sentido de esta palabra, un nuevo anhelo del próximo milenario, del advenimiento del reino del hombre? ¿Es algo más que el humanitarismo hecho religión? Hablan de ciencia, es cierto, y de socialismo científico, pero ¿no lo hacen acaso con recogido tono, como de una potencia misteriosa?

Y poco a poco va dejando de asustar el nombre de socialismo; ven los pacíficos burgueses deslilar el 1º de mayo a los grupos de obreros, que van olvidando sus tres ochos. Y es, sin embargo, más eficaz ahora en que va dejando de estar de moda el declararse socialista, ahora en que diferenciándose la tendencia se complejiza. Discu-



to ya más de táctica que de doctrina el viejo partido socialista obrero o social-democrático; si uso en un tiempo del sufragio como de medio de agitación, quiere hoy usar de él más substancialmente. Aliase con éstos a los otros radicales, entra un socialista, Millerand, en un ministerio burgués, el de Waldeck-Roussseau, y hasta hablan de la probabilidad de que llegando al poder en Bélgica, cuando no esté en ella el sufragio universal falseado por el voto múltiple, tenga que gobernar con leyes burguesas, ante el temor de una intervención extranjera pedida por los capitalistas mismos y por nadie evitada, ya que en los demás países no está el socialismo militante para triunfar de los gobiernos. Acomódanse en donde quiera a la realidad concreta y actual, perenne corriente que convierte en canto rodado, al frotarlo contra la arenilla del lecho, a todo esquinado pedrusco que en ella caiga.

Toda cuestión va haciéndose cuestión social. Cada día se discute menos si es esta una cuestión jurídica, o política, o religiosa, o moral, o estrictamente económica, de estómago, o pedagógica; porque lo es todo. Es un modo de ver las cuestiones todas, los problemas humanos desde un punto de vista social, puesto que política, religión, ética, derecho, arte, ciencia no son más que productos sociales. No es la cuestión social simple, sino un intrincado haz de ellas.

Va de batida el viejo individualismo liberal y abstracto de los manchesterianos, que apenas tenía en cuenta más que al «contratante social» de Juan Jacobo, o mejor aún al *homo economicus*, algo así como la «fracción de especie» de Quetelet. Uno de sus más conspicuos apóstoles, Stuart Mill, lo abandonó al cabo, haciéndose intervencionista; siguiéronle muchos. Apenas les queda más órgano autorizado que el *Journal des économistes*, fortaleza del viejo liberalismo, con el fósil Molinari a la cabeza. A Spencer ha dejado de oírsele. La fe en el antiguo individualismo abstracto perece.

«El individuo no es, como el átomo, más que una ficción», dice Natorp forzando una verdad a la paradoja, y a la vez que eso se sostiene, cobra el individuo hipertrofico relieve en las enseñanzas de un Max Stirner, de un Nietzsche. Es que se camina a una solución sincrética en este debate que no es en el fondo otro que la vieja lucha medioeval entre nominalistas y realistas, en este debate de si es el individuo o es la sociedad lo radical y primitivo. Recuerdo la ociosa cuestión de cual fué antes, si el huevo o la gallina. Porque tan producto social es el individuo como es la sociedad resultante de los individuos. Individuo y sociedad actuales yacían en germen en la primitiva horda errante. Era el hombre de la edad media miembro de una comunidad ante todo; alzose la individualidad potente en el Renacimiento, y la Reforma, hasta la revolución francesa; tendemos hoy a coordinarlos é integrarlos. Hacemos la



El movimiento social en el siglo XIX.

8

sociedad y nos hace. La concepción orgánica de ella gana terreno aun sin los desenfrenos metafóricos de un Schaeffe. Late por debajo de todo ello el sentido histórico, lo más precioso acaso del siglo que acaba de bajar a la eternidad, la flor de la intelectualidad moderna. El siglo XIX, siglo del movimiento social y del sentido histórico, lega a la humanidad un concepto del progreso más rico, más complejo y más fecundo que el mecánico y rudo que antes existía.

Déjanos el siglo XIX el concepto orgánico del progreso, derivado del gran principio de la evolución, cuyos supremos formuladores han sido Hegel, Darwin y Spencer, y que a las ciencias jurídicas aplicaron sobre todo Savigny y Sumner Maine.

Ya el brutal darwinismo, mal entendido, de los *struggle-for-lifers* suscitó el de la solidaridad y unión para la vida. Concuere da tal sentido con el florecer de todo género de asociaciones cooperativas, seguros sobre la vida, cajas de ahorro, institutos benéficos de toda clase, crédito agrícola, crédito mutuo, etc. La sociedad se organiza más y más bajo el estado, pero fuera de él, vuelve a ensancharse la concepción de la persona jurídica. La legislación del trabajo se complica y enriquece, fuera de codificación sistemática, contrastando con la enorme sencillez y penuria en que en el viejo derecho aparecía; el mercantil y el civil tienden a confundir sus fronteras. Y al enriquecerse y complicarse, la sociedad propende a individualizarse, en cierto modo, como colectividad, a perder su amorfismo, a cobrar conciencia de sí, que no otra cosa representa la opinión pública. Resuélvese de por sí lo de el individuo contra el estado, al individualizarse éste a medida que aquel se socializa. Hay quien habla ya de un reino *estatal*, sobre el hominal. Y así es como se prevé, por evolución, sin sangriento parto, la sociedad futura, la más perfecta acomodación mutua de la libertad y la igualdad en el seno de la fraternidad humana, todos igualmente libres, todos libremente iguales.

Secuela de toda esta corriente central es el haberse quebrantado el viejo concepto romano de la propiedad quiritaria, del *ius utendi et abutendi*, entra cada vez más en curso la expropiación por utilidad pública y va a la par la utopía de ayer entrando en la practicabilidad de mañana. Y en el orden de la doctrina a la antigua y apriorística filosofía de la historia—arte de vaticinar lo pasado, que dijo con gracia Valera—sustituye la sociología inductiva, inaugurada por Comte.



1.5-2/315



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

¿Se resolverá el problema social? Se irá resolviendo de por sí, como todo; su existencia misma es un proceso de lenta auto-resolución. «Solo tratará fructuosamente de la cuestión social quien arranque del reconocimiento de la irresolubilidad del problema» decía Enrique de Sybel en enero de 1895. Sí, irresoluble, como todo, en última instancia y en fondo, y ¡ay si así no fuese! ¡ay si la vida no fuese un perenne e irresoluble problema para el hombre! pero, para la naturaleza ¿hay algo irresoluble? La vida misma ¿no es un problema en perpetuo desarrollo, en incesante resolución?

¿Qué vendrá? Nada puede profetizarse. Sigue la humanidad su marcha a una más íntima compenetración con la naturaleza, sobrehumanizase la humanidad por la ciencia que de la naturaleza le hará dueña, y la naturaleza, humanizada en cierto modo por el hombre, mediante la industria y el arte, reflejo de la ciencia, se sobrenaturaliza. Y así es como por ciencia y arte se resolverá esa ruptura de armonía entre la naturaleza y el organismo social, sobrecrecimiento de ella, ruptura de que De Greef nos habla. No nos será permitido ver en el último porvenir, como columna de luz que guía nuestros pasos por el desierto de la historia, al paraíso terrenal que en el último pasado proyectaron nuestros abuelos, al paraíso terrenal en que sea el hombre lo que haya de ser por querer serlo y quiera serlo porque lo sea, al paraíso de la perfecta concordancia entre la voluntad de vivir y la vida del querer?

Y todo ello, la labor del movimiento social, ¿para qué? ¿Para qué? El para qué debe creárselo el hombre; en ello estriba la fe, la fe social.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 1900.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S